

SERGIO HERNANDEZ

don
RICARDO A.
LATCHAM

LIBRO
N.º 1
LIBRERÍA
"ADERNOS DEL CENTENARIO
LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección *bueh*

Clasificación *10; (- 14) p 9*

Cutter *-*

Año Ed. *1985* Copia *-*

Registro Seaco *11110*

Registro Notis. *AAA6799-2*

AAA679

VALOR GOBIERNO

228869

CUADERNOS DEL CONGRESO
DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS
LA LENGUA

RICARDO LATCHAM

Don

RICARDO A. LATCHAM

CUADERNOS DEL CENTENARIO
DE LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA

Se terminó de imprimir
en los talleres de EDITORIAL UNIVERSITARIA
en el mes de agosto de 1985
AÑO DEL CENTENARIO DE LA
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

CUADERNOS DEL CENTENARIO
DE LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA

01111

SERGIO HERNANDEZ

Don

RICARDO A. LATCHAM

La *Señora* se trata con un don y lo lenguaje del agua, a la
oruga de la mar que surcaba los galápagos, las bergantines
y los palcos de la comarca. Era un mar azul y el
aviso y el bruto que pasaba a la guerra de los
y la paz que pasaba, por medio del Paul Sando, los
navegantes para alimentar la costumbre intermedia. La
capital de Copacabana tiene una gran historia, de
fuerza colorida. Cuando se ve la mansión se ve una por
encima de la vela de los vapores, se ve una mansión o fustigar
los ventales. Es una gran mansión que representa al
padre Ocho y cuando al día se ve un padre por un
retrato de verdad en la casa que se ve una gran
encanto de la mansión de la mansión, de una gran
mansión.

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

1985

11110

bnch

928.61

351 h

1985

AAA6799.

SERGIO HERNANDEZ
SERGIO HERNANDEZ
SERGIO HERNANDEZ

Don

RICARDO A. LATOUR

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA
1985

DON RICARDO ANTONIO LATCHAM ALFARO, FUE Y seguirá siendo una de las figuras más singulares e importantes de las letras chilenas e hispanoamericanas. El connotado ensayista, profesor y crítico literario nació en La Serena el 17 de abril de 1903, ciudad a la que evocará, más tarde, en una prosa que linda en lo lírico por lo metafórico de su estilo:

La Serena se tiró como un dado a la lengua del agua, a la orilla de la mar que surcaban los galeones, los bergantines y los pataches de la conquista. Era un ojo entre el araucano y el limeño que proveía a la guerra de Arauco, a la vez que enviaba, por medio del Real Situado, los recursos para alimentar la contienda interminable. La capital de Coquimbo tiene una perspectiva risueña, de fino colorido. Cuando la niebla mañanera se escurre por encima de la vega de arrayanes, la luz comienza a fustigar los sentidos. Es una luz dorada, que entusiasmó al padre Ovalle y enamoró al viajero padre Feuillée. Un rebozo de bondad cubre los caseríos que se extienden por encima de la herradura de la bahía, decorada de gaviotas¹.

Los padres del escritor fueron don Ricardo E. Latcham, distinguido etnólogo, arqueólogo y primer Decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile. "Un inglés extraño, muy tirado a criollo", a juicio de su hijo, y

su madre doña Sara Alfaro Aspee. De estas raíces anglo-latinas él mismo expresó en su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua:

De mí sé decir que de lo paterno obtuve un determinado orden y método que nunca dejo de mano, la tendencia al rigor y algo imaginativo destinado a sazonar las arduas cuestiones que me desvelan. De lo latino me salta quizá la fantasía, alguna dispersión en lo que digo, que precipita un demonio interior, y el individualismo anárquico que me invalida en las actuaciones políticas².

Para los que gozamos de la simpatía de su presencia, siendo sus alumnos, nada más justo. El rigor y el método se ven en sus informados ensayos y artículos de prensa, pero no siempre se vio en sus animadas clases en las que parecía predominar el lado materno, en las que su incontenible fantasía y rico caudal intelectual se desbordaban. Inquieto y ambulatorio, su exacerbada información lo llevaba de un punto a otro a asociar, más o menos libremente, sus muchos conocimientos, salpicando de pintorescas anécdotas vida y obra de los autores o punzando, en fina o gruesa sátira, a conocidos personajes de la literatura o la política.

La familia Latcham abandonó La Serena el mismo año en que nació don Ricardo, radicándose en Santiago, pero él se mantuvo largo tiempo vinculado a esas tierras por encontrarse allí sus "últimos parientes maternos". En aquella ciudad del norte, se inició también en el periodismo, colaborando en *El Chileno*. Al evocar el período provinciano de esos días expresó en su ya citado discurso:

Era ese un ambiente reducido, en el que proliferaba la chismografía lugareña y se mantenían en otras partes

*desteñidas polémicas doctrinarias entre clérigos letrados y radicales que leían a Darwin, a Spencer y a Littré. Todos estos incidentes de villorrio conmovían a la gente y provocaban toda suerte de comentarios parroquiales. Evoco estas costumbres y semejantes hábitos, por su colorido local y regional, por el gran sentido de añoranza que poseen para mí y, por su relación con un mundo moral que ha desaparecido totalmente con la vorágine del tiempo*³.

Las primeras crónicas aparecidas en *El Chileno* de La Serena datan en 1919, año en que también finaliza, en calidad de alumno privado, sus estudios secundarios. Algunos cursos los había hecho antes en el *Instituto de Humanidades* y en el *Instituto Nacional de Santiago*. Según su propia confesión, habría aprendido a leer y a escribir solo, ayudándose de métodos ingleses. Aunque también recuerda, con gratitud, a posteriores maestros como don Ramón A. Laval y al "prebendado" don Manuel Antonio Román.

En 1923 ingresa en el periodismo santiaguino, colaborando en *El Diario Ilustrado*. Su inclinación a la historia y a la polémica quedan de manifiesto desde el comienzo:

*Mi artículo inicial —dice— estuvo destinado a rectificar unas afirmaciones, que estimé antojadizas, de Enrique Tagle Moreno, vertidas en La Nación de Santiago. El tema debatido fue la abdicación de O'Higgins y sus principios políticos y religiosos*⁴.

Temas históricos son también los que inician sus colaboraciones en *La Nación* en 1941 y, como bien lo hacen notar Pedro Lastra y Alfonso Calderón⁵, también aquella crónica "con que se despide de sus lectores en 1964, coinciden-

cia de que bien podría considerarse como reveladora de otra de sus preferencias más arraigadas: una vocación historicista, manifestada tempranamente”.

Su dilatada labor de crítico literario, periodista y ensayista la dejó desperdigada en diarios y revistas de Chile, América y Europa y en algunos libros tales como: *Escalpelo* (1925), *Chuquicamata, Estado Yankee* (1926), *Itinerario de la Inquietud* (1931), *Manuel Rodríguez* (1932), *Estampas del Nuevo Extremo* (Antología) (1941), *12 Ensayos* (1944), *Antología del Cuento Hispanoamericano* (1958), *Carpet Crítico* (1962).

Siendo, don Ricardo, uno de los más grandes conocedores de la literatura hispanoamericana, estaba como señalado para escribir y publicar una orgánica y documentada historia del quehacer literario del continente, pero la muerte lo sorprendió sin dar cima a este anunciado proyecto.

Es necesario destacar por la preservación, rescate, selección y difusión de gran parte del importante aporte del escritor, a sus dignos y fieles discípulos Pedro Lastra y Alfonso Calderón, a quienes debemos: “Ricardo A. Latcham”. *Antología, Crónica de Varia Lección* (Zig-Zag, 1965) y *Páginas Escogidas* (Editorial Andrés Bello, 1969). Además del *Boletín del Instituto de Literatura Chilena* N° 10, julio de 1965, en el que también colaboró Benjamín Rojas Piña y el Número 408 de la revista *Atenea*, abril-junio del mismo año, ambas publicaciones con nutrido material de homenaje al fallecido y estimadísimo maestro.

En el prólogo a *Páginas Escogidas* Calderón y Lastra anunciaban nuevos títulos para nuevas compilaciones: “Proyectamos —dicen— para tiempos venideros, una

antología que se titulará, según expresa disposición de don Ricardo Latcham, *Suite Europea*, colección de crónicas del Viejo Continente en los instantes de la postguerra. En el mismo tono, y con idéntico espíritu, se incluirá una serie denominada *Suite Norteamericana*⁶. Fue lo que ambos antologadores refundieron en el volumen: *Libro de Ver y Andar* (Editorial Andrés Bello, 1970). Ya en estos títulos, sumados a las obras que dicen relación con Chile y América, podríamos apreciar el amplísimo espectro de las preocupaciones e inquietudes culturales de don Ricardo.

Antes de referirnos a la variadísima labor literaria del maestro, retomemos los siempre inquietos hilos de su agitada existencia. Hacia 1924, según el mismo cuenta y en unión de Manuel Vega, empezó a frecuentar “la ya histórica tertulia de doña Martina Barros de Orrego... doña Martina atendía a sus visitas en su enorme casa de la calle Catedral, que en el siglo anterior visitaron hombres de la talla de Sarmiento, Lastarria, Balmaceda y Guillermo Blest Gana”. Luego frecuentó la de don Víctor Barros Borgoño, hermano de doña Martina, de pintoresca personalidad: “Todo en él era llamativo y barroco, sus tenidas que le daban apariencia de un profesor alemán, con un sombrero adornado por una plumita verde, su capa española con esclavina clásica, sus bastones en serie que tenían mangos de marfil con pequeñas esculturas de escritores y artistas. Así decía pomposamente:

*...hoy voy a salir con Shakespeare, mañana con Goethe y el domingo con Ibsen*⁷.

A estas reuniones concurrían también don Juan Agustín Barriga, Isaac Echegaray, Jenaro Prieto y otros contertulios.

Por esa época dice haber tomado contacto con dos personalidades de primerísima importancia: don José Toribio Medina y don Tomás Thayer Ojeda.

Con el transcurso de los años don Ricardo A. Latcham se fue haciendo un testigo, un animador y un autorizado juez del ambiente literario santiaguino y del continente.

En 1927, después de haber publicado su obra testimonio *Chuquicamata Estado Yankee* y de haber declarado su desembozada aversión al régimen dictatorial del General Carlos Ibáñez del Campo, marcha hacia el exilio. Visita Francia, Bélgica, Inglaterra, España y Africa del Norte.

El eterno estudioso y ávido lector se detiene en Barcelona, realizando cursos de literatura e historia con los maestros: Antonio Rubio y Lluch, Luis Nicolás d'Olwer y Fernando Valls y Taberner. Es de destacar el curso de Literatura Castellana que, al año siguiente, siguiera en Madrid, en el Centro de Estudios Históricos, con el recordado y notable hispanista Américo Castro.

Cuando retorna a Chile en 1931, ingresa al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Primero, como Jefe de trabajos de Literatura chilena y española; luego, como "profesor extraordinario de literatura chilena".

La sensibilidad social del crítico, su atractiva oratoria e innegable carisma eran condiciones que, tarde o temprano, lo llamarían a ocupar un lugar relevante en la gestión política. En 1933 participa activamente en la fundación del partido socialista. Dos años después es elegido regidor por Santiago y, en 1937, diputado por el primer distrito de la capital, con la primera mayoría de Chile. Ese mismo año, contrae matrimonio con doña Alicia Rivera Reyes.

Según opinión de Enrique Lafourcade:

La palabra de Ricardo era temida y temible. Tribuno de sangre tribunicia pudo haber cumplido una excepcional carrera política hasta la propia Presidencia de la República.

Ricardo tenía guardaespaldas. Entre otros —Abraham Pimstein— según me lo manifestara alguna vez el cual, armado hasta los dientes, lo seguía por las calles, preservándolo para el socialismo. En una oportunidad, a la salida del Correo Central mataron a un inocente caballero confundiéndolo con Ricardo Latcham⁸.

No vamos a reproducir la injusta ironía que Lafourcade lanza contra el Instituto de Literatura Chilena, a cuyos miembros encomienda la investigación de este luctuoso hecho.

La pasión por la literatura fue apagando los anhelos de figuración política de don Ricardo, y aún cuando en 1938 se retira de su partido para fundar la Unión Socialista, lentamente y cada vez con mayor entusiasmo, se fue sumergiendo en la investigación literaria, la crítica y la docencia.

Desde abril de 1941, inicia sus crónicas literarias en *La Nación*. Las interrumpe en 1955 para retomarlas, seis años más tarde y despedirse de sus lectores el 25 de octubre de 1964.

Enviado por el gobierno de don Pedro Aguirre Cerda, en gestión diplomática, a los vecinos países de Argentina y Uruguay, dicta un curso acerca de la evolución política y social de Chile en la Universidad de Buenos Aires.

En 1943 es nombrado profesor de literatura española medieval y moderna en el Instituto Pedagógico de la

Universidad de Chile, llegando, a corto plazo, a Decano de la Facultad de Filosofía y Educación.

En 1946 recibe una invitación del gobierno y de las universidades de Colombia. Su información sobre América se acrecienta en los países mismos que visita. Ofrece conferencias y cursos, toma contacto personal con los escritores; asiste a los espectáculos teatrales y su prodigiosa memoria registra cuanto libro y autor encuentra a su paso. Le interesa cada vez más la literatura creada en Chile y América.

En 1947 el *British Council* lo invita a Inglaterra y desde allí, se desplaza a Checoslovaquia y Francia. Al año siguiente visita Bolivia y Panamá y en calidad de asesor de la delegación chilena, asiste a la Novena Conferencia Panamericana, celebrada en Bogotá. El desasosiego, que le era tan característico, lo lleva, en 1949, a los Estados Unidos, donde realiza un curso sobre literatura hispanoamericana en el Estado de Vermont. Invitado por su esclarecido amigo Alfonso Reyes, pasa a ofrecer clases en el Colegio de México. Difunde la literatura chilena por los países centroamericanos. La Universidad de Chile lo designa delegado al Primer Congreso Latinoamericano de Universidades, celebrado en Guatemala.

En 1951 reemplaza a don Mariano Latorre en las cátedras de Literatura Chilena e Hispanoamericana en el Instituto pedagógico y asiste a un congreso de peruanistas organizado por la Universidad de San Marcos. Don Ricardo no se da tregua. Su nombradía aumenta; los viajes lo atraen. De nuevo vuelve a España en 1953. La Universidad de Chile ve en él a uno de sus catedráticos de mayor prestigio y lo designa como su representante oficial en las actividades de conmemoración del VII Cen-

tenario de la Universidad de Salamanca. Tras recorrer nuevamente Inglaterra y Francia, retorna a España a ofrecer cursos de Literatura Hispanoamericana en Madrid.

En 1954 se celebraron en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, unas memorables conferencias acerca del, por ese tiempo, discutido tema del criollismo. En aquella oportunidad, el profesor Latcham ofreció una disertación documentada y de interesante contenido que fuera recogida, más tarde, por los *Anales de la Universidad de Chile* en su número 94 y posteriormente, en un volumen colectivo publicado por la Editorial Universitaria. Aunque en esta última publicación sólo se consideran las conferencias dadas por don Ricardo Latcham, Ernesto Montenegro y Manuel Vega, recordamos también la participación, en ese mismo ciclo, de Benjamín Subercaeaux y del propio don Mariano Latorre a quien se asignaba el liderazgo de tal tendencia. Es más, no olvidamos un hecho curioso que, con motivo de la participación de don Mariano, ocurrió en el recinto. El público se había concentrado sólo en la platea y los balcones superiores del salón de honor se encontraban desolados. Pero hasta allí, en forma sigilosa y tratando de no ser visto por nadie, llegó el inconfundible y ovalado rostro de Alone que deseaba escuchar, sin mostrarse, a su enemigo literario con el que tanto había polemizado.

La atractiva conferencia de don Ricardo Latcham se tituló: *Historia del Criollismo* y allí estudia su concepto, su génesis y desarrollo, su dependencia del naturalismo de Zola, su justificación, su importancia y las limitaciones de tal escuela.

En 1956, después de dictar conferencias en Cuba y Venezuela, se incorpora como miembro de número a la Academia Chilena de la Lengua, ocupando el sillón que dejara don Misael Correa Pastene. Su discurso lo pronunció el día 14 de diciembre de 1956, también en el salón de Honor de la Universidad de Chile y versó sobre sus propias experiencias y el desarrollo de las letras chilenas contemporáneas. Su temperamento anárquico y libérrimo parecía no ser el adecuado a formar parte de una institución que, en apariencia, podría aparecer demasiado formalista. El mismo inició sus palabras reconociendo los falsos prejuicios que lo aquejaban y valorando, en la noble corporación, los innegables méritos que la prestigian:

Señores académicos:

Fue costumbre generalizada en los días lejanos de mi acometiva juventud considerar a las academias recintos hostiles a las nuevas ideas, donde se marchitaban las gentes entre fastidiosos ejercicios retóricos y bizantinas disputas gramaticales.

Sin embargo, junto con desmonetizarse los agresivos empujes de la adolescencia y mirarse el mundo con mayor serenidad, se va sedimentando el espíritu y considerando con más equidad la obra de las generaciones pasadas y su acción morigeradora y benéfica sobre los desbordes de rebeldía de las promociones novatas.

Así se perfilan con más nitidez también el papel y la categoría de la Academia Chilena de la Lengua, tan vinculada a la historia nacional y al desarrollo de su cultura, desde su establecimiento en 1885 hasta nuestros días⁹.

El académico Fidel Araneda Bravo comenta algunos entretelones de la designación de don Ricardo:

Una gran tormenta sacudía a la Corporación. La tozudez de algunos pretendía imponer un nombre, para cuya elección alegaban un compromiso, hecho dos años antes, pero ya revocado solemnemente en una sesión. La mayoría rechazaba a ese candidato, porque no había llegado su hora. En este evento, Roque Esteban Scarpa, contra viento y marea, lanzó el nombre de su antiguo contendor de 1944, indiscutido por sus méritos literarios, pero cuya actuación había levantado violentas tempestades. En una de las sesiones más tormentosas de que haya memoria en la Academia de la Lengua, Latcham fue elegido por siete votos contra seis. Ningún inmortal podía resistir en justicia la personalidad del vencedor¹⁰.

Don Fidel expresa que su actuación en la Academia fue de eficaz colaboración: *formó parte de los jurados, pocas veces faltó a las sesiones y cada vez que se le pidió algún trabajo o discurso, lo hizo a entera satisfacción de sus colegas.*

No obstante el temperamento individualista de don Ricardo Latcham, nunca eludió el institucionalismo literario y además de ser miembro de la Academia Chilena, dirigió el Pen Club y la Sociedad de Escritores de Chile.

En 1959 es designado embajador en la República Oriental del Uruguay. El había presidido el Comité de los Intelectuales y Artistas que habían postulado a la presidencia al candidato triunfante don Jorge Alessandri Rodríguez. Cuatro años ejerció, eficazmente, este cargo con gran beneplácito del mundo intelectual y de la juventud universitaria del vecino país.

En 1962 el Pen Club de Buenos Aires organizó un interesante evento en el que participaron personalidades tan destacadas como Stephen Spender, Alain Robbe-Grillet y John Dos Passos, junto a los que actuó también nuestro destacado ensayista.

Cuando en 1963 regresa a Chile, manteniendo su rango de embajador, se le designa Director del Departamento de Relaciones Culturales de la Cancillería. Retorna también a sus tareas académicas y a su labor de crítico literario de *La Nación*.

Hemos seguido la agitada y brillante trayectoria de este *Itinerario de la Inquietud*. Inquietud, bruscamente detenida por su inesperada muerte, ocurrida el 25 de enero de 1965 en La Habana. Hasta allí había viajado para actuar como jurado del *Concurso Casa de las Américas*. De nuevo el luto caía sobre las letras del continente. Antes habían partido sus amigos Alfonso Reyes y Mariano Picón Salas. El día 30 de enero, en un avión de la Canadian Pacific, llegó hasta *Los Cerrillos*. Autoridades universitarias, escritores, periodistas, amigos, ex-alumnos acudimos a recibirle. En su impresionante biblioteca, reposó esa noche por última vez. El rostro quieto por fin, pero sus manos ligeramente desordenadas sobre el pecho. ¿Inquieto aún?

La personalidad y la labor literaria de don Ricardo A. Latcham han sido valoradas por diversos escritores de América y de Chile. Así don Mariano Picón Salas dijo de él:

Entre los críticos y ensayistas que han logrado una visión continental de nuestro proceso literario se destaca este grande y entusiasta escritor chileno.

Muerto Henríquez Ureña, humanista universal de todo un continente, quizás no haya en América quien conozca la literatura de nuestros países en su minuciosa extensión como Latcham. Viajó por todas partes, descabuló bibliotecas, sumó todos los datos en su memoria oceánica para darnos esos panoramas en que la exactitud se conjuga con la alacridad y la gracia¹¹.

Carlos Real de Azúa expresó en *Marcha de Montevideo*:
*Fue un maestro de vida literaria, un sabedor de todo lo que a las letras se refiere, y en todo eso es, más que nada, un corolario su condición de profesor, editor, antologista y panoramista. Agarrado —en todas sus vivencias— por el ámbito literario del continente, sus memorias, que la muerte le ha vedado ahora escribir, hubieran constituido un “corpus” tan caudaloso como insustituible, tan desprejuiciado como vivo, de un mundo que no le cerró ninguna puerta*¹².

Benjamín Subercaseaux no lo concibió nunca muerto:
*Latcham —dice— pertenece a aquellos seres que no mueren; más aún, que no nacieron para asumir jamás la condición de difunto. Latcham representó el espíritu europeo en nuestro ambiente intelectual. El más criollo de los europeos, y el más europeo de los criollos. Representó la agudeza humorística, cimentada en la verdadera seriedad, que es la de comprender a fondo y, por haber comprendido, reír. Latcham era una personalidad vibrante, en un medio donde las personalidades suelen estar ausentes*¹³.

Carlos Martínez Moreno había expresado en la revista *Número de Montevideo*:

No es un apolíneo, un contenido, un cauteloso. El eufe-

mismo no figura en su diccionario, el disimulo no es una actitud moral o mental que se haya inventado para él. Latcham es un dionisiaco y un vitalista. Mario Benedetti recordaba hoy mismo, en una semblanza periodística, la frase con que Latcham ganó para sí el auditorio del último Congreso del Pen Club, realizado el año pasado en Buenos Aires: "Si los escritores se reúnen para discutir estética —dijo allí— mejor sería que se quedaran en su casa". Es que su interés por las cosas no se agota nunca en el resorte de la experiencia literaria, sino que va siempre a y viene siempre de la vida, solicitándola a fondo¹⁴.

La mayoría de los comentaristas hacen resaltar la espontaneidad, el entusiasmo vital, la amplitud desprejuiciada, la implacable sinceridad de juicios del escritor, su temible palabra, su sarcasmo fulminante y oportuno, pero también su oportuno estímulo, su erudición ágil y simpática.

Alone, en una actitud muy comprensiva, justifica hasta sus zigzagueos políticos recordando:

Uno de sus primeros actos de orador público fue una conferencia religiosa que dio en un templo, creo que el de San Francisco, ante un auditorio compuesto principalmente por señoras piadosas, Madres de la Iglesia. El último iba a ser otra conferencia que estaba preparándose para ofrecer en Cuba a oyentes entre los cuales abundarían de seguro los "intrínsecamente perversos".

Entre una y otra, ¡cuántas curvas!

Ninguna permitiría acusarlo de inconsecuencia o ambiciones extrañas. Era así, obedecía a su ley, ajena al

reposo. Las ideas se le atropellaban y no las conseguía sujetar. También le salían escapadas las palabras, las frases, las imágenes, con frecuencia deslumbradoras, en cabalgatas donde las fórmulas ingeniosas chispeaban. Su elocuencia trepidante y continua, alimentada por una memoria prodigiosa, hacía difícil imaginárselo entregado a la lectura. ¿Cuándo, dónde, cómo? Sin embargo, de allí tenía que venir la caudalosa fuente de su erudición, el manantial de su saber¹⁵.

El profesor, poeta y ensayista Hugo Montes, al incorporarse a la Academia Chilena de la Lengua, el 2 de diciembre de 1965, en reemplazo de don Ricardo Latcham, consignó en su discurso conceptos que compartimos. Allí Montes admira y con justicia, la innegable entrega intelectual del crítico, su sabiduría, la variadísima gama de sus preocupaciones intelectuales y su, para él, más admirable condición: *la amplitud de criterio*¹⁶.

Prefirió —dice— los caminos nacionales e hispanoamericanos, aunque holló también los de Europa. Nada literario le era ajeno. Llegaba a los autores como a los lugares, premunido de interrogaciones precisas cuyas respuestas asentaba en el prodigioso libro de su memoria. Después era elaborarlas, asociarlas y referirlas en sus escritos y en sus charlas. Porque nada guardaba para sí: lo entregaba todo, a veces casi a borbotones. Luego volvía a partir, a interrogar, a estructurar y a repartir. Vivió de prisa, afanoso siempre de más, en este círculo sin fin y cada vez mayor de coger para entregar. Su sabiduría oceánica fue igualada así por su inagotable donación; y su yo iba creciendo y creciendo en el quehacer perfecto, cerrado, de maestro verdadero. Paradójicamen-

*te, por eso, su egolatría fue generosidad y su aislamiento, un modo superior de comunicación*¹⁷.

Una valoración acerca de don Ricardo, tal vez menos calurosa por la perspectiva distante del que la emite, pero acertada en el punto de vista de sus apreciaciones es la del norteamericano John Dyson. Este investigador, en su ensayo: *La Evolución de la Crítica Literaria en Chile* lo ubica y con razón, entre los que él llama "críticos de linaje histórico"¹⁸:

En la obra de Ricardo A. Latcham (menciona algunas) lo que más predomina es la nota histórico-social, pero ésta casi siempre va acompañada de juicios estéticos.

*En realidad, Latcham se destacó más que nada por la flexibilidad de su estética que lo dejaba estar al tanto de las nuevas producciones, no sólo para catalogarlas, sino para señalar lo que tenían de esencial y valioso o de superficial o pasajero. Latcham ha sido uno de los críticos chilenos mejor conocidos fuera del Chile y es de lamentar que sus asombrosos conocimientos de la literatura americana no hayan podido encontrar forma escrita definitiva*¹⁸.

Intentaremos una rápida reseña de las publicaciones más importantes y más vigentes de las conservadas del autor.

En *Escalpelo* publicado en 1925 por la Imprenta San José de Santiago, en edición de trescientos ejemplares recoge, don Ricardo A. Latcham, sus primeros ensayos críticos. Desde el título, se ve la filuda intención polémica que caracterizará su obra posterior. La variedad temática de sus preocupaciones. La agudeza de su vivaz percepción crítica. Su ya aludida tendencia historicista que lo lleva a escribir sobre los autores fundadores: *Ercilla, Oña, La Literatura y la Vida Intelectual Chilena Después de la*

Independencia, el romanticismo o su sabroso y documentado ensayo acerca de Jotabeche. Eran los comienzos que auguraban un feliz desarrollo.

Sin referirnos a sus dos libros vivenciales y de testimonio, tan interesantes como escasos publicados en 1926 y 1931, saltemos a la figura siempre simpática de *Manuel Rodríguez*, el hábil y casi legendario personaje que, en las informadas páginas de Ricardo Latcham, se nos hace real y cotidiano, mostrándolo en sus virtudes y en sus defectos, dentro de un contexto sumamente convincente por la exactitud de los escenarios, las fechas y ambientación. A estas páginas también asoman las figuras más señeras vinculadas al proceso de nuestra independencia: O'Higgins, San Martín, José Miguel Carrera y muchos otros. Esta biografía seminovelada del infortunado e inolvidable guerrillero, ha sido reeditada en una tirada de 5.000 ejemplares por las prensas de la Editorial Nascimento en 1975.

Con motivo de la celebración del cuarto centenario de la fundación de Santiago, publica, don Ricardo, sus *Estampas del Nuevo Extremo*. Variada e interesante antología que recoge textos que van desde las cartas de su fundador, Pedro de Valdivia, hasta autores tan actuales como Pablo Neruda o Nicomedes Guzmán. Pasando, por los cronistas, historiadores y escritores de los siglos XVI, XVII y XVIII e incluyendo, también, testimonios de los viajeros, como María Graham. Cierran el volumen los costumbristas, memorialistas y novelistas de los siglos XIX y XX.

El agíl, informado y entretenido prólogo que precede a los autores antologados nos muestra, una vez más, la erudicción desbordada e intrahistórica que poseía su autor.

En 1958, la editorial Zig-Zag, le publicó su *Antología del Cuento Hispanoamericano* con prólogo y noticias bibliográficas de los narradores. Pocos antologistas disponían de los abrumadores conocimientos de don Ricardo A. Latcham, para emprender esta empresa y pocos críticos podían anticipar válidos y consagradorios juicios acerca de autores que, por ese tiempo, no tenían entre nosotros la difusión y la merecida fama de que hoy gozan. Vaya como ejemplo, lo que en esa antología expresó en torno al colombiano Gabriel García Márquez:

Se reveló como un cuentista formidable en la revista Mito, que agrupa a un sector de gran combatividad colombiana, cuya obra también ha incidido en el descubrimiento de valores nuevos y originales en la prosa y el verso. Su revelación como novelista con La Hojarasca fue un acontecimiento de categoría en su país y se consideró que después de La Vorágine, de José Eustaquio Rivera, ningún otro autor conquistó tan rápidamente una consagración pública por la forma inolvidable con que evoca la vida tropical y su estilo sugestivo y vigoroso¹⁹.

Su preocupación por las manifestaciones de la narrativa mayor quedan demostradas en sus ensayos: *Blest Gana y la novela realista* (1959) y *Perspectivas de la Literatura Hispanoamericana. La Novela* (1958).

Su última publicación la tituló *Carnet Crítico* y la editó en Montevideo en 1962. Allí inserta comentarios y artículos en torno a poetas y escritores de América y de Chile. Siempre al día, siempre valorando la creación literaria del continente y de su país. Volviendo sobre los consagrados o estimulando, oportunamente, a los jóvenes que él estimaba dignos de estímulo.

No podríamos cerrar estas páginas sin agradecer y reiterar la interesante labor antológica de la dispersa obra del maestro, emprendida por sus discípulos Alfonso Calderón y Pedro Lastra. A ellos, como ya lo habíamos expresado, debemos: *Antología, Crónica de Varia Lección* (1965), *Páginas Escogidas* (1969) y *Libro de Ver y Andar* (1970).

La primera de estas compilaciones viene precedida de un panorámico e interesante prólogo de los antologadores, quienes dividen la obra en: *Lección de América*, en la que se incluyen artículos y ensayos en torno a los escritores del continente y algunas estampas de propia observación del antologado, como su celebrada *Meditación del Ají* crónica sabrosa, liviana y sensual o la que nos habla de *Gallos de Pico y Navaja* y *Lección de Chile*, que viene encabezada por su *Elogio de Coquimbo*, en la que evoca a sus tierras natales en lírico lenguaje. Así, cuando nos habla de La Serena nos dice:

Los cortinajes de los papayos, las caricias de los chirimoyos, el bisbiseo de las palmeras, envuelven al forastero en una blanda atmósfera, en un moroso desmayo que disuelve la voluntad. El cielo tiene veladuras de nubes y el clima matinal se arroja en túnicas de niebla²⁰.

En esta sección destacan ensayos tales como *Las Ideas del Movimiento Literario de 1842*, *Blest Gana* y *la Novela Realista* o su ya comentada *Historia del Criollismo*.

Páginas Escogidas, es la continuación de la labor antológica de Pedro Lastra y Alfonso Calderón y como ellos mismos lo reconocen, *sigue el espíritu de la Antología publicada en 1965*. Junto a la reiterada preocupación por América y Chile que, preferentemente preocupó al maestro,

encontramos, en esta obra, algunas interesantes apreciaciones que don Ricardo tenía acerca de la "función de la crítica" o sus creaciones personales, como su recordado relato *La Sombra del Abuelo* o su discurso de incorporación a la Academia de la Lengua ya citado, fragmentariamente, en este mismo trabajo.

Libro de Ver y Andar es el complemento de las antologías anteriores. Es un mosaico de viajes, observaciones y críticas en torno a autores o lugares de Europa y los Estados Unidos. Es el mirar agudo del eterno peregrino. Ahora por otros continentes, como tomando perspectiva para estudiar mejor su América y su Chile.

Mucho vio y anduvo este infatigable y vitalísimo "varón ilustre de Indias". Es cierto que poseía un yo poderoso, pero trascendente, a la manera de Whitman. Ni su vasta cultura ni su amplia erudición lo privaron, como a tantos, de un trato amable, ingenioso, perspicaz y simpático.

NOTAS

- ¹Elogio de Coquimbo: en R.A.L. *Antología, Crónica de Varia Lección*, pp. 217-218.
- ²Ricardo A. Latcham, *Discurso de Incorporación: Páginas Escogidas*, p. 252.
- ³Ricardo A. Latcham: *Discurso de Incorporación, Páginas escogidas*, pp. 252-253.
- ⁴Ricardo A. Latcham: *Discurso de Incorporación, Páginas escogidas*, p. 253.
- ⁵Prólogo a *Páginas Escogidas*, p. 10.
- ⁶Prólogo a *Páginas Escogidas*.
- ⁷R.A.L. *Discurso en Páginas Escogidas*, pp. 258-259.
- ⁸Enrique Lafourcade: *Elegía de Varón Ilustre de Indias*, Atenea, p. 74.
- ⁹Discurso: en *Páginas Escogidas*, p. 245.
- ¹⁰Fidel Araneda Bravo: *Perfil Humano de Ricardo Latcham*, en Atenea N° 408, p. 46.
- ¹¹Mariano Picón Salas: *El cordial visitante*, Atenea N° 408, p. 97.
- ¹²Carlos Real de Azúa: *Recogido en Atenea N° 408*, p. 101.
- ¹³Benjamín Subercaseaux: *Homenaje a un viviente*, Atenea N° 408, pp. 133 y 136.
- ¹⁴Carlos Martínez Moreno: *Ricardo Latcham en Atenea N° 408*, pp. 93-94.
- ¹⁵Alone: *Ricardo A. Latcham en Atenea N° 408*, p. 20.
- ¹⁶Hugo Montes: *Boletín de la Academia Chilena*, Santiago, 1967.
- ¹⁷Hugo Montes: *Boletín de la Academia Chilena*, Santiago, 1967.
- ¹⁸John Dyson: *La Evolución de la Crítica Literaria en Chile*, pp. 55 y 56.
- ¹⁹R.A.L. *Antología del Cuento Hispanoamericano*.
- ²⁰R.A.L. *Antología*, p. 222.

BIBLIOGRAFIA

- ALONE: Ricardo A. Latcham, en *Atenea*, Año XLII / Tomo CLVIII / N° 408, Abril-Junio de 1965.
- ARANEDA BRAVO, FIDEL: *Perfil Humano de Ricardo A. Latcham*, en *Atenea*, N° 408 - Abril-Junio de 1965.
- DYSON, JOHN P.: *La Evolución de la Crítica Literaria en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1965.
- LAFOURCADE, ENRIQUE: *Elegía de Varón Ilustre de Indias*, en *Atenea* N° 408 - Abril-Junio de 1965
- LATCHAM, RICARDO A.: *Escalpeló*, Santiago, Imprenta de San José, 1925.
- LATCHAM, RICARDO A.: *Estampas del Nuevo Extremo*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1941.
- LATCHAM, RICARDO A.: *Manuel Rodríguez*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1975.
- LATCHAM, RICARDO A.: *Antología del Cuento Hispanoamericano*, Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1958.
- LATCHAM, RICARDO A.: *Carnet Crítico*, Montevideo, Editorial Alfa, 1962.
- LATCHAM, RICARDO A.: *Antología*. Crónica de Varia Lección. Selección y prólogo de Alfonso Calderón y Pedro Lastra, Santiago de Chile, Edit. Zig-Zag, 1965.
- LATCHAM, RICARDO A.: *Páginas Escogidas*. Selección, ordenación y notas de Pedro Lastra y Alfonso Calderón, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1969.
- LATCHAM, RICARDO A.: *Libro de Ver y Andar*. Selección, ordenación y notas de Alfonso Calderón y Pedro Lastra. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1970.
- MARTÍNEZ MORENO, CARLOS: *Ricardo Latcham*. *Atenea* N° 408. Abril-junio de 1965.
- PICÓN SALAS, MARIANO: *El Cordial Visitante*. *Atenea* N° 408. Abril-junio de 1965.
- MONTES, HUGO: *Discurso de Incorporación*. Santiago de Chile, 1967, Boletín de la Academia Chilena. Cuaderno 55.
- REAL DE AZÚA, CARLOS: *En la Muerte de Latcham*. *Atenea* N° 408. Abril-junio de 1965.
- SUBERCASEAUX, BENJAMÍN: *Homenaje a un Viviente*. *Atenea* N° 408. Abril-junio de 1965.

TRINIDAD AND TOBAGO GOVERNMENT



ENCUENTRO NACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL
DEPARTAMENTO NACIONAL DE PROCESOS TECNOLÓGICOS

DL

14 OCT. 1985

Co

SECC. CHILENA

